ANTONIO VELASCO

HACIA LA CUMBRE

IMPRESIÓN DRAMÁTICA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

HACIA LA CUMBRE

IMPRESIÓN DRAMÁTICA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO VELASCO

Estrenada con extraordinario éxito en el SALÓN VARIEDADES, la noche del 8 de Enero de 1906



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1906

A MODO DE PLAN

Hacia la cumbre, es sólo un apunte, una nota, un cuadro que tiene por fondo el porvenir, y animado por figuras que se mueven y trabajan por el triunfo de las nuevas ideas.

Hacia la cumbre, está basada como otras varias de la misma índole literaria, en esa sociedad hipócrita que hace de los hombres, bestias, y de las conciencias, juguetes. Su fin, colaborar todos en lo posible para hacer de esas bestias hermanos que se rijan por la justicia, y de los juguetes, almas limpias de traiciones y remordimientos y encariñadas con el amor.

Rafael, protagonista de la obra, es un hombre de corazón sano y grandes ideales. Artista de pura raza, trató de crearse un nombre, luchando con la indiferencia y el orgullo de los demás. Enamorado ciegamente de Agustina, una religiosa egoista, falsa. y miserable en una palabra, vióse obligado á separarse de ella cuando sus afanes eran conducirla al altar. Rafael lucha, va abriéndose camino y tropieza con Ana, una criatura guapa, excelente, buena. Noble y fuerte, atrae á Rafael; son dos caracteres análogos: Juntos, van hacia arriba y llegan. Asi aparecen en la obra, viviendo en un lujoso hotel en los alrededores de Madrid.

Rosario, doncella de la casa, es alegre y despreocupada.

Juan, capataz de los obreros, es un hombre de buena fe, enamorado y algo ligero de cabeza.

Julio y Miguel, son dos víctimas de la miseria. Obreros del campo, dejan su sudor en beneficio del amo, á quien odian sólo por ser el que manda y á quien censuran á diario.

Joaquín, amigo íntimo de Rafael, es otro literato moderno.

Moderno es todo en HACIA LA CUMBRE. Modernos los personajes, moderno el ambiente y moderna la forma. Quizás por esto último, por la forma, no fuera bien entendida por algunos.

A Juan García Terrádez

A usted, principalmente, debo el éxito de esta obra. Recíbala como pago de su trabajo y buenos deseos, y que no sea la última vez que juntos recibamos los aplausos del público.

Antonio Velasco.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ANA........................	SRTA.	COBOS.
ROSARIO..................		RODRÍGUEZ.
RAFAEL...................	SR.	GARCÍA TERRÁDEZ.
JOAQUÍN..................		RUBIO.
JUAN.......................		NAVARRO.
JULIO......................		HIDALGO.
MIGUEL...................		VELASCO (F.)

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO ÚNICO

El teatro representa un jardín y hotel propiedad de Rafael. En primer término izquierda, la casa con puerta practicable, á la que conducen tres escalones de piedra. A la derecha, y arrancando del proscenio, calle de arbustos que se pierde por el fondo. La entrada al jardín se supone al fondo derecha. A la derecha un banco rústico y una mecedora pequeña.—Es de día.—Al levantarse el telón aparecen en escena Rosario, Juan, Julio y Miguel. La primera, sentada en el banco junto á Juan. Julio y Miguel, tumbados en el suelo. Ella vestirá traje negro, con delantal y peto blancos. Juan, marsellés y sombrero ancho. Julio y Miguel, en mangas de camisa, con alpargatas, pantalón de pana y gran sombrero de paño.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO, JUAN, JULIO y MIGUEL

JUAN — (A Rosario.) ¡Qué reteguapa estás! Parece tu cara una *graná*.

ROS. — ¿De veras?

JUAN — Como hay Dios. A tu *lao* soy el más feliz del mundo.

JULIO — ¡Dichoso tú! ¡Quién *pudiá* decir otro tanto! (Dentro se oye una voz de hombre, que canta la siguiente copla:)

He recorrido la sierra
para mirar sus mujeres,
y no hay ninguna que sea
lo preciosa que tú eres.

MIG. Otro igual. *Tóo* el día se le pasa canturreando.

JUAN ¿Qué quieres que haga? Será como vosotros, que *dejaotes* para el trabajo, apenas suspendeis la labor, os tumbais á la bartola, sin ganas de levantaros.

JULIO *Pa* lo que dan, bastante hacemos.

JUAN En eso llevas razón. Por cuatro cuartos que Rafael nos regatea, tenemos que hacernos polvo y estar sumisos. ¡Pero qué remedio! Ya vendrán tiempos mejores.

ROS. ¿Cuándo? Dos años llevo sirviendo, y siempre *pa* atrás.

JUAN ¡Déjate que nos casemos, verás qué modo de cambiar las cosas!

MIG. Rosario ya está comprometida.

JUAN ¿Qué sabes tú, Miguel? Rosario me quiere, yo la quiero, y nos casaremos. (A Rosario.) ¿*Verdá*, preciosa?

ROS. Antes tienes que sentar la cabeza, y no tenerla tan alta.

MIG. Falta le hace.

JULIO Juan es un *enamorao* ciego, que lo mismo le echa un requiebro á la doncella que á la señora. A él ninguna se le pone por delante.

JUAN ¡Y pobre de la que se ponga!

ROS. No seré yo.

MIG. (A Rosario.) Dí que no.

JUAN ¿Te quieres callar?

MIG. No le hagas caso. ¿Ves lo que te estaba diciendo hace un rato? Pues lo mismo le contaba la otra tarde á la señora.

JULIO ¿A doña Ana?

MIG. Sí, señor.

JULIO ¿A que resulta cierto aquello?

ROS. (A Juan.) ¿Y eres tú el que se quiere casar conmigo? ¡Quita de ahí, majadero! (Se levanta.)

JUAN (Deteniéndola.) Espera una miaja.

ROS. (Desasiéndose.) ¡Cuánta tonta hay en el mundo!

MIG. (A Rosario.) ¿*Ande* vas?

ROS. El señorito no tardará en salir. (Entra en la casa.)

ESCENA II

JUAN, JULIO y MIGUEL

JULIO ¡Rediez! El amo antes que *ná*. ¡Siempre el amo!

JUAN El amo es el que manda, el que da el pan. Hay que respetarle.

JULIO Hay que respetarle, sí, pero no temerle. Y Rosario le teme. Y fijándose bien, el señorito es un hombre igual á nosotros.

MIG *Feguraciones* tuyas.

JULIO *¿Feguraciones?*

JUAN Sí. El amo es todo: es el apoyo de uno, el sostén de los demás, es la vida. Cuando se le antoja, nos pone al fresco.

MIG. ¡Ojalá fuera ahora mismo! ¡Hace *una* calor!...

JUAN Sólo á él deben vuestras crías el mendrugo que llevan á la boca.

JULIO Toma, toma; porque uno pone sus fuerzas. Y el amo *nesecita* nuestros brazos.

MIG. Pero antes *nesecitamos* nosotros el jornal. El *tié* dinero, y hartura, y comodidades. ¿Qué falta le hacemos? Nosotros *semos probes*, y sentimos hambre, y nos vemos *obligaos* á suplicar, y humillarnos, y tener que sujetarse á lo que el amo diga, y á lo que el amo ordene, y á lo que el amo dé.

JUAN Y el que no esté conforme, que pida la cuenta.

JULIO Es muy triste nuestro vivir. Siempre afanándose y cuidando la hacienda de otro. ¿Y *pa* qué?

JUAN ¿Para qué? Para aumentar la riqueza del amo, y con ella sus lujos y placeres. Para eso; para eso nos hacemos tiras la piel, y viejos á los treinta años.

JULIO Es muy penoso, repito que es muy penoso nuestro vivir. Y *tóo*, por culpa de un hombre, que engañándonos con un poco de dinero, se aprovecha de nuestra ignorancia, *pa* robarnos la juventud y el bienestar.

JUAN — Hay que comprender que la culpa es nuestra.

JULIO — ¿Qué dices?

JUAN — Lo que oyes. Nos venimos quejando hace mucho tiempo, sin reparar en que estamos dormidos. Hay que reconocer que somos incapaces del desquite.

JULIO — No te entiendo.

MIG. — Yo sí.

JUAN — Tú sí, *¿verdá?* Tú eres de los míos. Nos quejamos de la explotación y de las ignominias que nos rodean, y hay que convencerse de que eso y mucho más merecemos.

JULIO — Gracias.

JUAN — Sí, hombre; hora es ya de que despertemos y veamos claro. Es preciso que nos arranquemos la venda que nos han puesto en los ojos, y busquemos la *verdá* cara á cara.

MIG. — Da gusto oirte hablar.

JUAN — (Por Julio.) Este arreglará el problema social.

JULIO — No te rías.

JUAN — No me río; lástima es lo que me das.

JULIO — ¿Tú, qué entiendes?

JUAN — ¿Que no entiendo? Mira el caso que hago de Rafael. Para vosotros, es el amo, el que manda; para mí, es Rafael, Rafael á secas, otro como yo.

MIG. — Ya, ya lo hemos *notao.*

JULIO — No te lo comas de vista.

MIG. — (Mirando al hotel y levantándose instantáneamente.) *Callar.* ¡El amo!

ESCENA III

JUAN, JULIO, MIGUEL, RAFAEL y JOAQUÍN

RAF. — (Sale de la casa, acompañado de Joaquín. Reparando en los trabajadores.) ¿Aún dura la siesta? Arriba.

JUAN — Hoy no hay quien pueda levantar los brazos. (Pónese en pie.)

RAF. — ¿Hoy? Me parece que á éstos les sucede todos los días.

JULIO ¡Don Rafael!

RAF. ¿No habéis oído? ¡Andando! ¿Os vais á estar así hasta que sea de noche?

MIG. Ya vamos, señor.

JULIO (Aparte.) ¿Cuándo reventará uno? (Se levanta.)

RAF. (A Juan.) Tú, Juan, al carro. (A Julio y Miguel.) Y vosotros, á la huerta.

JUAN (Aparte.) ¡Al carro! ¡De él debías estar tirando! (Desaparece por el fondo.)

JULIO (Aparte.) ¡Qué gusto debe dar mandar en *tóos!* (Sale por el mismo sitio que Juan. Igualmente hace Miguel, no sin antes dirigir una mirada de odio á Rafael.)

ESCENA IV

RAFAEL y JOAQUÍN

RAF. Pena me da regañarlos, pero no hay más remedio; son unos vagos sin ilusión por el trabajo.

JOAQ. Dices bien. (Pausa.) ¿Conque te era imposible vivir con Agustina?

RAF. Imposible. Todos los días con la misma canción. Que ya no aguantaba más, que el genio de mi madre la molestaba, que ya estaba harta de literatura, y que yo, en lugar de escribir, debía trabajar... ¡Como si mis papeles y mis libros no significaran un esfuerzo grande y una labor incesante!

JOAQ. Le pasaba lo que al noventa por ciento de la humanidad; no comprendía el arte.

RAF. Ni el arte, ni á mí. Reparaba en otras bien vestidas y alimentadas, y se figuraba que no iba á salir de aquel tabuco, y de aquella vida de privaciones.

JOAQ. En verdad que tu situación era triste. (Se sienta en la mecedora.)

RAF. ¡Mucho! ¡La de todos, al empezar! Las puertas de las redacciones cerradas, los empresarios cargados de compromisos, y los editores sordos.. Un camastro para descansar,

un fogón sin lumbre por festín, y una ventana como el ojo de una aguja para mirar al cielo. (Sentándose en el banco.)

JOAQ. Lo recuerdo perfectamente.

RAF. Yo era un pobre artista, á quien en plena juventud querían dejar sin porvenir Mi corazón era de ella, como su voluntad de los jesuitas.

JOAQ. Eso la trastornaba. La religión, una religión mal entendida, servía de pantalla para su crimen.

RAF. Yo tenía esperanza y alientos para el trabajo, para ese trabajo que no comprendía. Sentía ansias de trabajar sin descanso, para demostrarle lo grande y firme de mi cariño. Quería llevarla hasta el altar, para hacerla mía de una vez. Quería conducirla de la mano, para que fuese mi guía, y marchar siempre adelante, hacia arriba, hacia la cumbre de mis ideales, que son nuevos y sanos. (Con amargura.) ¡Era horribe! Yo mendigando un puesto en un periódico, y ella engañando á Dios. Yo buscando un pedazo de pan para su estómago, y ella asesinando mi alma. Yo deseando ofrecerle la felicidad y ella vendiéndome. ¡Ay, Joaquín!

JOAQ Solo en conciencias de mujer, caben acciones tan infames.

RAF. Era muy miserable. Con su descaro y coquetería, pagó el bien que la hice. ¡Y aún decía que era mía, cuando la eché de casa! Pensaba que era suficiente vivir bajo el mismo techo. No, era preciso que respetase á mi madre, que la cuidara, que la quisiese. Era necesario que luchara conmigo, y compartir el hambre y la miseria; que me siguiera; llorando cuando lloraba; riendo cuando reía; dejar el confesionario donde se arrodillaba hipócritamente, para ir á ser buena compañera en el hogar, y marchar siempre adelante, hacia arriba, hacia la cumbre. Tomó el camino contrario y no pudo ser mía. Buscaba la verdad, la encontré, y arrojé á la calle aquel bicho venenoso.

JOAQ. ¡Pobre mujer!

RAF. No la compadezcas, te lo suplico. Se tiene lástima de una mujer, y aquello no era una mujer, aquello era un mónstruo. Perdí parte de mis esperanzas y de mis ilusiones, y estoy conforme. Tirando aquel puñado de carne viva contra la nieve dura y fría, me creí hacer un gran favor á mi madre, porque la libraba de las garras de una fiera. ¿No lo crees tú también así?

JOAQ. (Con cariño.) ¡Rafael!

RAF. Sí, amigo. Estábamos mejor solos.

JOAQ. ¡Solos!

RAF. Solos con nuestra miseria. Resignados, compartiendo el amargor de la vida. Respetando las canas que acariciaban una frente por mis labios besada infinitas veces.

JOAQ. Así eras feliz.

RAF. Y lo hubiera sido más, si no pongo los pies en aquel periódico.

JOAQ. ¡El periódico! No le mientes.

RAF. (Con tristeza.) Necesitaba darme á conocer. Los empresarios no leían más obras que las firmadas por autores de cartel. Los editores, no se atrevían á presentar un nombre nuevo. Allí me hicieron ofrecimientos, y como tenía disposición, me metí entusiasmado por entre las mesas repletas de papeles y de libros, sobre las que trabajaban otros más hombres que yo. Sin reparar en la censura, ni la crítica, ni la envidia, ni la juventud que la labor me iba robando, trabajaba con afán horas y horas, porque me sentía orgulloso cuando á la madrugada caía en los brazos de la viejecita, satisfecho de haber cumplido con mi deber.

JOAQ. No sigas recordando lo demás, porque retratas mis comienzos, y me haces daño. Olvida el pasado, y dime si eres feliz con Ana.

RAF ¿Cómo no? Ella me empujó hacia el porvenir.

JOAQ. ¡El porvenir!

RAF. Se cumplieron mis afanes. Desvanecidas las sombras que me envolvían, vencí.

JOAQ. No eran ilusiones como aseguraban muchos.

RAF. Vino el amanecer, un amanecer de rosa, y triunfé.

JOAQ. (Poniéndose en pie y tendiendo las manos á Rafael.) No había otro remedio. Eras listo, joven y decidido. Mis dos manos, Rafael. Te felicito.

RAF. ¿Te marchas?

JOAQ. Sí. Tienes que trabajar, y no quiero distraerte.

RAF. Estás en tu casa. (Se levanta.)

JOAQ. En tu palacio querrás decir. Saluda á Ana, y no olvides repasar esas cuartillas que te dejo.

RAF. Descuida.

JOAQ. No son una obra; son un apunte, un boceto ajustado al teatro donde ha de estrenarse.

RAF. Así lo estudiaré yo, y como tal lo juzgará el público.

JOAQ. Adiós. No salgas. (Dando la mano á Rafael, desaparece por el fondo.)

RAF. (Acompañando un instante á Joaquín.) Adiós.

ESCENA V

RAFAEL

(Pausa larga.) El corazón me lo pedía; sentía ansias de estar solo, pero ansias grandes, verdaderas, como no las tuve nunca. Una soledad muy honda, muy profunda. (Mirando en derredor.) Y aquí la hay, no cabe duda. (Vuelve á sentarse en el banco. Queda un rato con la vista fija en el suelo, y después se tapa la cara con las manos.) Con los ojos cerrados, con el pensamiento puesto en aquel montón de canas, ¡qué cosas veo! (Descúbrese el rostro.) ¡Qué gusto, sin que nadie me estorbe, poder recordar el momento de la agonía, tan largo como emocionante! Me parece tener aún en mis brazos á la vieja, oyendo de su boca palabras entrecortadas por la fatiga, que me lle-

garon al alma. Cosas que jamás imaginé que pudieran salir de unos labios amoratados y rugosos. (Con sentimiento.) Palabras de madre, palabras llenas de amor, que entonces me hicieron sonreir, y ahora cuando las recuerdo se me saltan las lágrimas. (Enjugándose las lágrimas.) El recuerdo de su muerte, cuando sus ojos azules y vidriosos se clavaban en mí, hiere mi alma con la misma fuerza que la guadaña hirió su corazón cansado. Aquel rato fué criminal, lo es todavía. Yo besando su frente pálida, y ella acabándose, acabándose poco á poco, muy lentamente, sin poder vencer al fantasma que revoloteaba en torno del camastro. (Con pena.) Después muerta. ¡Muerta! Sus ojos cerrados, aquellos ojos en los que aún había una ráfaga de luz, cuando sus brazos descarnados apretaban mi cuello...

ESCENA ÚLTIMA

RAFAEL y ANA

ANA (Saliendo de la casa.) ¡Rafael!

RAF. (Pónese en pie.) ¡Ana!

ANA (Desde la puerta.) ¿Qué haces?

RAF. (Yendo al encuentro de Ana.) Esperando á que tú vinieras para borrar en un momento las ideas negras que durante el día están pasando por mi frente.

ANA (Con dulzura.) ¿Cuándo verás claro?

RAF (Con amor.) ¡Si ya estoy viendo! Ven, acércate.

ANA (Llega hasta Rafael.) ¿Qué quieres?

RAF Que llegues junto á mí, para que enciendas mi sangre con el fuego de tus ojos.

ANA ¡Rafael!

RAF. (Cogiendo amorosamente las manos de Ana.) ¡Qué felicidad tenerte á mi lado!

ANA Yo también digo lo mismo, estando cerca de tí.

RAF. Ahora, ahora es cuando me siento orgullo-

so y satisfecho. (*Llevándola hasta el banco y haciéndola sentar.*) Aquí, en este rincón oculto donde no se oyen los ruidos de la ciudad. Frente á unas tierras que son mías, completamente mías. Trabajando con entusiasmo para un público que arrebata mis obras. Aquí, en este hotel, que será nido de nuestro amor. Solos, solos tú y yo, devorando la dicha entre pájaros y flores. ¡Qué ganas tenía, Ana de mi alma, poner delante de tus ojos una esperanza, un horizonte nuevo, el porvenir. Y ya le tienes. Todo es tuyo. Esto es lo que yo ambicionaba. Esos eran mis afanes: marchar, marchar adelante, hacia arriba, hacia la cumbre.

ANA ¿Y llegaste?

RAF. No, aún es pronto. Estamos á la mitad del camino. La montaña es alta y escabrosa, hay que luchar mucho hasta tocar la cima. Pero no desisto. Empujado por tus sentimientos, llegaré.

ANA Y yo contigo, ¿no es eso?

RAF. Cierto. Ahora, mejor que nunca. Aquí, en este retiro, me pareces superior, gigantesca, más buena, más leal.

ANA Contéstame con esa franqueza que te caracteriza. ¿No te apenarán los recuerdos de cierta mujer?

RAF. Aquello fué un sueño. En mi cerebro sólo hay dos imágenes queridas: mi madre y tú.

ANA Lo comprendo; pero su crimen, tu decisión... ¿Has olvidado cuando la arrojaste de tu casa?

RAF. No; lo tengo tan presente como tu nombre.

ANA Cuéntamelo.

RAF. ¿También tú? Os habéis empeñado todos en que resucite lo que enterré, para desalentarme de nuevo.

ANA Es que tengo interés en saber cómo un hombre tan recto y tan humano pudo abandonar á su compañera.

RAF. Muy sencillo, cuando la compañera se convierte en verdugo. Eres un ángel, Ana, y no puedes adivinar hasta dónde llega la

maldad de una beata. Aquella mujer que prefería el templo á las labores domésticas, no era de mi época. Aquella mujer no podía vivir á mi lado. Necesitaba una criatura que alentara mis afanes; una criatura que pensara y sintiera como yo.

ANA Lo que se llama un ser convencido, ¿verdad?

RAF. Lo que tú eres. Gracias á tí, que apareciste saturada de aromas deleitosos que se llaman bien, honradez, amor, sabiduria... pude combatir el fanatismo, los miasmas que invadían mi gabinete de estudio. Yo no encajaba en las falsas teorías con que siempre me atormentaba, y que tenían por principio la hipocresía y por fin la ambición. Me ahogaba en aquel ambiente; no reunía la pureza que reclamaban mis pulmones. Era muy pequeña, muy insignificante, como todos los que se escandalizan de mis asertos. Ella buscó el templo para desvanecer sus pecados con golpes de pecho; yo busqué el teatro y la novela para presentar los infortunios sociales y descubrir poco á poco el bálsamo que aliviará la decadencia española. Hice lo que debí, lo que hubieran hecho otros en mi caso.

ANA ¿Qué?

RAF. Si te empeñas .. Era una noche de invierno. Apenas andaba gente por las calles. La nieve caia sin cesar. El viento silbaba fuerte, metiéndose por todas las rendijas. El vicio hizo subir á su boca palabras groseras. Sus insultos me reunieron la sangre en la cabeza. Reñimos, me cegué, y dándola un empellón la eché á la calle, antes de poner en mis manos un revólver y una bala en su pecho. Luego, las súplicas de mi madre, unas lágrimas impulsadas por el coraje, y ella rodando por el arroyo, mientras la nieve caía, caía sin cesar sobre sus carnes medio desnudas.

ANA ¡Qué espantoso!

RAF Salí á la calle dispuesto á robar, á matar si

era preciso, para llevar un poco de lumbre y un pedazo de pan á la autora de mi existencia. No fué preciso; una casualidad, un encuentro, una cartera llena de billetes... Fué el nuevo día, espléndido como ninguno. El viento barrió las nubes, el sol brilló en el cielo, la plata en mi bolsillo y la satisfacción y la alegría en los ojos de mi madre. Lo demás, ya lo conoces.

ANA Todo. Tú, trabajando para aumentar los billetes; yo, correspondiendo á tu cariño.

RAF. (Con pasión.) Nada me importa el dinero, ni el nombre, ni la gloria; sólo me importas tú; tú que sabes comprender, ¡qué digo comprender! hermanar mis pensamientos. Todo lo abandonaría por oirte hablar de ese modo.

ANA Mi único afán es que llegues al final de esa senda bordeada de sinsabores y amarguras.

RAF. (De pie.) Esa senda quedó atrás, invadida por una España que va hacia el sepulcro. Esa senda se perdió allá abajo, en la ignorancia, en el ambiente putrefacto, donde el oro puede á la justicia, y el jesuitismo todo lo acapara, y la explotación castra los entendimientos, y el abandono fabrica criminales, y el comercio está paralizado, y la industria en el quietismo, y la ciencia abandonada, y el arte prostituído. (Breve pausa.) Esa senda quedó atrás; la nuestra está formada de éxitos, de actividad y de dulzura. (Levantando á Ana.) Y puesto que á tí te lo debo, acércate, Ana, para que sientas latir mi corazón al compás del tuyo.

ANA ¡Rafael!

RAF. (Atrayéndola.) Tú tocarás la cima de la montaña. Yo te pondré en alto, en lo más alto, en la cumbre, junto á Dios, que mirará en nosotros lo que no han sabido mirar los hombres.

TELON

Obras de Antonio Velasco

Andrés, cuadro dramático en prosa.

Sangre joven, novela corta, con un prólogo de F. Lombardía.

Hacia la cumbre, impresión dramática en un acto, en prosa.



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta